

atención, hallaba todavía tiempo para predicar varias veces a la semana. También consiguió que el Índice de Paulo IV pudiese imprimirse en la ciudad de las lagunas (1).

Pero a par de este feliz éxito tampoco faltaron hostilidades, que en parte tuvieron su origen en el gran convento de los Frari (franciscanos). No solamente se hacía allí valer contra él, que no era veneciano, y por tanto que era extranjero, sino también se le oponía excesiva severidad (2). Que tuviese esta fama, no puede causar maravilla, pues sus superiores ya antes le habían encargado muchas veces la reforma de los monasterios de los franciscanos conventuales (3), en los cuales su celo eclesiástico hallaba mucho que corregir. Como era de natural violento y áspero, su proceder excitó repetidas veces grande enojo. Los adversarios de fray Félix aumentaban, cuanto menos éste se dejaba desconcertar en su santo celo por respetos personales. En Venecia le hicieron también el reproche de que había publicado con precipitación el Índice de Paulo IV y con esto perjudicado a la república. Las hostilidades fueron tan violentas, que fray Félix, cuya salud por los esfuerzos y excitaciones había padecido mucho, se retiró a Montalto con ocasión de la muerte de Paulo IV (4). Su antiguo protector, el cardenal Carpi, había tenido noticia con grandísimo disgusto de las hostilidades a que estaba expuesto su protegido en Venecia. Después de la elección de Pío IV consiguió que fray Félix por febrero de 1560 fuese enviado nuevamente a Venecia como inquisidor con ampliadas facultades y confirmado también en su cargo de prefecto de estudios del convento de dicha ciudad (5).

Los adversarios de fray Félix, a cuya cabeza estaba el superior del convento de los Frari, se irritaron con esto en extremo grado.

(1) V. el libro de apuntamientos en el Arch. d. Soc. Rom., V, 300 s.

Los afanes para que se imprimiese el Índice (cf. Reusch, I, 260) los hace resaltar especialmente la biografía \*Sixtus V P. M., c. 7 (*Archivo secreto pontificio*). Un documento relativo a la actividad de Félix como inquisidor de Venecia, de 1557, puede verse en Mutinelli, I, 260. Cf. además De Leva, *Degli eretici di Cittadella, Venezia 1873*, 62.

(2) V. la circunstanciada narración en \*Sixtus V P. M., c. 7, *Archivo secreto pontificio*. Cf. también Cecchetti, I, 19 s. Sobre el manual de fray Félix como inquisidor, conservado en la Biblioteca Chigi, v. Arch. d. Soc. Rom., V, 10 s.

(3) Cf. el libro de apuntamientos en el Arch. d. Soc. Rom., V, 302.

(4) Cf. Pistolesi, Sisto V, 62 s. sobre la precaria situación en que estuvo entonces fray Félix.

(5) V. el libro de apuntamientos en el Arch. d. Soc. Rom., V, 302.

Pusieronle una demanda en justicia ante el Consejo de los Diez, y éste, celoso siempre de la guarda de sus derechos políticos, fué presto ganado. Entretanto se había informado del negocio a Roma, a la Congregación de la Inquisición. Ésta decidió remover de su puesto a fray Félix, pero al mismo tiempo sustrajo también la Inquisición veneciana a los franciscanos y la transfirió a los dominicos. Ahora finalmente volvieron en sí los moradores del convento de los Frari, a excepción del apasionado superior. Pero era demasiado tarde para evitar la pérdida, que tocaba a toda la Orden. Fray Félix salió de Venecia a fines de junio de 1560. Ya a 16 de julio del mismo año nombróle la Inquisición romana consultor suyo (1). Si esta honra tuvo que agradecerla a Ghislieri, poco después fué designado para el cargo de procurador general de los franciscanos a solicitud del cardenal Carpi. Éste apoyóle también en las dificultades que le ponían al principio en el convento romano de los franciscanos (2), y consiguió que fuese agregado al número de los consultores de la Congregación relativa al concilio de Trento (3).

Designa bien la energía que desplegó Montalto siendo procurador general, una carta a sus paisanos de Montalto, que todavía hoy allí se conserva. «Dejadme los negocios de mi Orden, dícese en ella, así como yo no me entremeto en los negocios de vuestro municipio» (4).

La ordenación de la asamblea eclesiástica de Trento, de que los religiosos ni aun con permiso de los superiores poseyesen bienes algunos temporales, cumplióla fray Félix de Montalto ya en noviembre de 1564 mediante una nueva expresa renuncia ante el vicario general de su Orden. Por el respectivo documento (5) se ve que ya antes había hecho donación de su herencia paterna a su sobrina.

(1) V. Sixtus V P. M., c. 8, *Archivo secreto pontificio*. Cf. Tempesti, I, 56 s.

(2) Cf. \*Sixtus V P. M., c. 8, *Archivo secreto pontificio*. A los sucesos de entonces volvió a referirse Sixto V todavía cuando Papa hablando con sus hermanos de religión; v. el \*Avviso de 3 de mayo de 1586, Urb., 1054, p. 156, *Biblioteca Vatic.*

(3) V. los datos en \*Sixtus V P. M., *Archivo secreto pontificio*; cf. el número 41 del apéndice.

(4) La carta fechada a 13 de marzo de 1563 fué publicada por Hübner (II, 397 s.). Otras cartas pertenecientes a este lugar pueden verse en F. Pistolesi, I, Peretti ai Montalesi (1907), y Sisto V, 67 ss., Apéndice, XVII ss.

(5) Este \*escrito auténtico se conserva en la *Biblioteca Querini-Stampalia de Venecia*, cl. IX, n. 12. Cf. Della Santa (arriba p. 42, nota 2), 4 s. y Pistolesi, Sisto V, 69 ss.

Lo más valioso que con permiso de sus superiores poseía entonces el docto fraile, que colaboraba también en la edición de Aristóteles, de Posio (1), eran sus libros. Cuánto tenía éstos en el corazón, infiérese también de la circunstancia de que en su libro de apuntamientos había hecho tres minuciosos catálogos de ellos (2).

Este libro de apuntamientos, que ahora pertenece al número de los más preciosos tesoros de la Biblioteca Chigi de Roma, es también en otros conceptos de no pequeño interés. No solamente estriba en él el hechizo de la personalidad de que procede, sino también refleja muy fielmente el carácter de fray Félix y las circunstancias en que se movió su vida hasta que se trasladó a Roma. El librito está escrito enteramente de su mano clara y firme. Comienza por el nombre de Jesús y esta hermosa oración: «Rogámoste, Señor, que prevengas nuestras acciones con tus inspiraciones y las acompañes con tu ayuda, para que todas nuestras palabras y obras tengan siempre de tí su principio, y como en tí empezaron, así también por tí terminen» (3). Una oración en demanda de la ayuda divina precede también a los gastos e ingresos asentados en primer lugar, los cuales nos permiten conocer cosas muy pequeñas. El gran gusto por el orden que aquí se muestra, se caracteriza tan claramente en los tres catálogos de libros, compuestos por orden alfabético, como en los apuntamientos autobiográficos que les siguen. Comprenden el tiempo transcurrido desde 1540 hasta 1560, y dan exacta información sobre el curso de los estudios de fray Félix, los empleos por él desempeñados, los diversos encargos especiales que le confiaron sus superiores, finalmente sobre los muchos sermones que tuvo en casi todas las partes de Italia. Forma el final una lista de la modesta ropa blanca de que disponía. En todo el libro se manifiesta la más escrupulosa exactitud y el orden más riguroso. De los catálogos de libros se deduce, que la biblioteca de fray Félix, que durante su permanencia en Nápoles había sido aumentada con la librería a él legada por su amigo Marmilio de Monte Lupone, variaba frecuentemente cuanto al número de volúmenes. En el documento de la renuncia se indica que en 1564 contenía 742 obras, entre las cuales había no pocas de varios

(1) Sobre esto, además del pasaje de la Vita de Gualterio, comunicado por Ranke (Los Papas, III<sup>8</sup>, 74\*), cf. también H. Sbaralea, Suppl. ad script. trium ordinum S. Francisci a Waddingo descriptos, Romae 1806, 88, 664.

(2) V. Cugnoni en el Arch. d. Soc. Rom., V, 4 s., 210-262, 263-290, 290-299.

(3) Facsímile en el Arch. d. Soc. Rom., V, 15.

tomos, como, por ejemplo, los escritos de San Agustín en once libros en folio. Según el contenido, la Patrística y las demás ciencias teológicas son las que están más abundantemente representadas, en total con 230 obras, la filosofía con 140, el derecho canónico y el civil con 105, la historia y la geografía con 106, la cosmografía y la astronomía con 30, y la literatura con 100: una biblioteca muy notable para aquel tiempo. Entre los escritos teológicos se hallan también algunos menos conocidos, como los escritos de San Paulino de Nola, de San Zenón, de San Marcial y de San Policarpo. Está abundantemente representada la bibliografía de controversia, pues fray Félix como inquisidor había de ocuparse mucho en herejías. Entre los clásicos se encuentran también autores griegos (1).

La posición importante que ocupaba fray Félix en Roma como procurador general de los franciscanos, como consultor de la Inquisición y como miembro de la comisión para una nueva edición del *Decretum Gratiani* (2), llevaba consigo que estuviese expuesto a múltiples acometidas envidiosas de parte de sus propios hermanos de hábito. Con todo Carpi, que ciertamente murió en mayo de 1564, y Ghislieri tendían su mano protectora sobre él (3). Para sustraer de ulteriores acometidas al severo religioso que había procurado inútilmente desarmar a sus enemigos con un generoso perdón, consiguió Ghislieri que fray Félix en el otoño de 1565 fuese agregado como teólogo al legado Boncompagni y enviado a España por el negocio de Carranza (4). A su vuelta recibió la satisfactoria noticia de que su protector Ghislieri había ascendido al trono pontificio con el nombre de Pío V. Ahora estaba decidido su ulterior encumbramiento. El nuevo Papa, que había podido conocer exactamente

(1) V. Della Santa, loco cit., 20-30. Aquí están reimpresos los libros de la renuncia de 1564 señalados con las letras D, O, P y R. Un cotejo con el catálogo de los libros de fray Félix, que ha sido desconocido de Della Santa, y publicado ya en 1882 por Cugnoni en el Arch. d. Soc. Rom., tomo 5, da por resultado que el catálogo de la renuncia es el que más se aproxima al inventario impreso por Cugnoni (p. 263 ss.).

(2) V. Tempesti, I, 97.

(3) V. los datos que hay en \*Sixtus V P. M., *Archivo secreto pontificio*. Cf. también Cicarella, Vita Sixti V; Ehses-Meister, Relaciones de nunciatura, I, xvii s.

(4) \*Alexandrinus, ubi omnibus tentatis nihil profici obstructis per inimicorum artes omnium auribus animadvertit, subtrahendam invidiae materiam prudenter ratus egit cum Pontifice, ut ad contentiones quae nullum reperirent epritum praecedendas Montaltum aliqua honoris causa ablegaret. Sixtus V P. M., c. 9, *Archivo secreto pontificio*.

y apreciar mucho a fray Félix en la Inquisición, nombróle vicario general de los franciscanos conventuales y en 15 de noviembre de 1566 le confirió el obispado de Santa Águeda de los Godos en la Italia inferior (1). En ambos puestos mostró fray Félix tanta energía como prudencia. Su breve gobierno de los franciscanos conventuales (1566-1568) caracterizóse por los afanes en mejorar la disciplina. También siendo obispo, en cuyo cargo fué llamado comúnmente monseñor Montalto (2), trabajó celosísimamente en el sentido de la reforma católica (3). Pío V estaba extraordinariamente contento de su labor; cada vez más reconocía en él a uno que participaba de su espíritu.

El obispo de Santa Águeda, que ya desde 1555 se llamaba Peretti por el sobrenombre de su padre (4), gozaba con el Papa de creciente favor. Esto hizo que no descansasen sus envidiosos en la curia, a quienes, según se decía, se juntó también entonces ocultamente el cardenal Bonelli. Primeramente se reprochaba a Peretti el emplear por su propia autoridad y sin el debido permiso los dineros de su Orden. Fuéle fácil justificarse en este respecto con Pío V, pues éste conoció al punto el origen y la inconsistencia de las acusaciones (5). Más peligrosa parecía deber ser para Montalto otra inculpa- ción: se hizo correr la voz de que había olvidado enteramente su pobreza religiosa, adornado suntuosamente su habitación y con esto causado escándalo. Este rumor llegó a ser tan insistente, que Pío V resolvió enterarse por sí mismo de la verdad de la acusación. Del todo inesperadamente se presentó en el convento de los franciscanos, situado junto a la iglesia de los Santos Apóstoles, y fué al punto al aposento de Peretti. La misma vista de las paredes desnudas le persuadió de que todo era una vergonzosa calumnia. «¿Qué es lo que hay

(1) V. Gulik-Eubel, III, 109; Sparacio, Sisto V, 40 s. Sixto V todavía poco antes de su muerte designó su actividad en la Inquisición como la fuente del favor de que gozó con Pío V y que decidió su encumbramiento; v. la relación del card. Aragón, de 21 de agosto de 1590, en Hübner, I, 227, nota 1.

(2) V. Pistolesi, Sisto V, 70.

(3) Cf. Tempesti, I, 70 s.; Holzapfel, 590. El cáliz que usaba Sixto V cuando era obispo de Santa Águeda, se halla ahora en la iglesia de Santa Lucía de Grot- tammare. Cf. abajo, p. 113, nota 8.

(4) Cf. Pistolesi en Picen. Seraphic., 1915, 837 s.; Sparacio, Sisto V, 12, 40 s. En sus cartas anteriores se llama sólo «Fra Felice de Montalto»; v. Tem- pesti, I, 25; Pastor en las Comunicaciones del Instituto Histórico Austriaco, III, 636 s.

(5) Cf. la \*Relación de 1574, Biblioteca Corsini de Roma.

allí, preguntó a Peretti, en aquellas cuatro grandes cajas?» «Libros, respondió éste, que quiero llevarme conmigo a mi obispado», y abrió una. «Espero, dijo el Papa, que entre ellos estará también la nueva edición de Santo Tomás a que he dado impulso». Sin aguardar res- puesta, se despidió muy afectuosamente. Algunos días después contó a Peretti el fin de su visita (1).

Pero los envidiosos adversarios del obispo de Santa Águeda debían padecer todavía un mayor desengaño. El 17 de mayo de 1570 Pío V concedió la sagrada púrpura al varón tan injustamente hecho sospechoso, que sólo contaba cuarenta y ocho años de edad. Junta- mente le dió quinientos escudos para los gastos más necesarios y le asignó la subvención anual de mil doscientos escudos que se solía otorgar a los cardenales pobres (2). Montalto como en todas las ante- riores posiciones, así también siendo cardenal se señaló por su virtud y habilidad (3). A causa de los conocimientos de libros que había adquirido el diligente franciscano, Pío V le agregó a la Congregación del Índice. El cardenal de Montalto, como se llamaba ahora el en otro tiempo fray Félix, fué también nombrado miembro de la Con- gregación de obispos y regulares y de la Congregación para el negocio de Carranza (4). Para mejorar sus rentas, el 17 de diciembre de 1571 trasladóle el Papa, de Santa Águeda al obispado de Fermo, al que, no obstante, renunció en el verano de 1577 (5).

Esto estaba relacionado con su tirantez de relaciones con el sucesor de San Pío V, Gregorio XIII. Ya en el viaje a España parece haberse llegado a desavenencias entre el cardenal Boncompagni y Montalto. Contábase en Roma, que Montalto sintió amargamente el trato poco considerado que le cupo en suerte, por cuanto a veces,

(1) Cf. en el núm. 41 del apéndice \*Sixtus V P. M., *Archivo secreto ponti- ficio*. Qué calumnias se permitían los envidiosos de fray Félix, se ve claro por un \*Avviso de 12 de mayo de 1568 (*Archivo público de Viena*), según el cual corría la voz de que éste había caído en desgracia de Pío V, porque el Papa había oído decir que tenía dos hijas en un monasterio de Toscana! Ya antes un tal Cipriano Saracinello en una \*relación al cardenal Farnesio, fechada en Roma el primo di quaresima de 1568, había contado la fábula de que el obispo de Santa Águeda había caído en desgracia de Pío V por su ambición. *Archivo público de Nápoles*, Farnes., 763.

(2) V. Santori, Autobiografía, XII, 350.

(3) V. L. Priuli, 309.

(4) V. \*Sixtus V P. M., c. 11, *Archivo secreto pontificio*.

(5) V. Gulik-Eubel, III, 213. Sobre la labor beneficiosa de Peretti en Fermo, donde fundó un seminario, v. Moroni, XXIV, 36 y la monografía de G. Cicconi, p. 21 s., 43, citada abajo, p. 62, nota.

si faltaban caballos en el camino, había de tomar asiento en el carro de bagaje (1). La oposición que entonces se empezó a hacer notar en secreto, se manifestó tanto más vivamente después de la elección de Boncompagni para Papa, si no al punto, a lo menos en el decurso del tiempo. El natural fogoso y áspero de Montalto no podía congeniar con el tranquilo y algo pedantesco de Gregorio XIII. A esto se añadía aún, que el Papa tenía la opinión de que lo mejor era dejar a los religiosos en su convento, opinión que halló también su expresión en que de los treinta y cuatro cardenales por él nombrados ninguno pertenecía a una Orden religiosa (2). Sin embargo de esto, Gregorio XIII reconoció la ciencia teológica del cardenal de Montalto y se sirvió de él, como informa una relación del año 1574, en el negocio de Carranza (3); pero fuera de esto no le consultó. El cardenal de Montalto sentía tanto más esta desatención, cuanto tenía conciencia de su valer y era muy notable la diferencia en comparación del tiempo de San Pío V.

Como con el docto Sirleto, así también tenía mucho trato Montalto con Alejandro Farnesio. Vivía muy sencillamente y sabía administrar bien sus rentas (4). Apoyado por diversos hombres doctos, trabajaba asiduamente en la nueva edición de las obras de San Ambrosio, que ya Pío IV y San Pío V le habían confiado. Cuando en 1580 se estampó en Roma el primer tomo, dedicólo a Gregorio XIII (5). Pero el ánimo del Papa permaneció también ahora desfavorable. Gregorio XIII era influido manifiestamente por los antiguos enemigos de Montalto siempre activos, los cuales presentaban a éste como astuto, altivo y presuntuoso (6). Cuéntase que,

(1) V. en el núm. 41 del apéndice \*Sixtus V P. M., *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. *ibid.*

(3) \*Con il Papa ha autorità nelle materie teologiche et per la causa di Toledo S. S<sup>ta</sup> l'ascolta, se dice en la relación de 1574, *Biblioteca Corsini*. Con este dato viene al suelo la hipótesis de Gnoli (v. Accoramboni, 10, nota 1), de que el negocio de Carranza había dado la primera ocasión a las desavenencias. Hablábale entonces en Roma hasta de que Montalto sería enviado a España por causa del proceso de Carranza y de otros negocios; v. la carta de Gabriel Salvago en los *Atti Ligure*, XIII, 870 s.

(4) V. la \*relación de 1574, *Biblioteca Corsini*. Muy bien hace notar Ratti (II, 348, 357), que Montalto no pertenecía al número de los cardenales ricos, pero que tampoco era pobre.

(5) La dedicatoria está fechada: Romae, Cal. Dec. 1580. Sobre los méritos y faltas de la edición cf. vol. XXII, cap. VIII.

(6) \*É dotto in theologia et astuto, se dice en la relación de 1574, *Biblio-*

cuando Gregorio al volver de una solemnidad eclesiástica celebrada en Santa María la Mayor, divisó la hermosa quinta de Félix, hizo esta observación: Los cardenales pobres no edifican palacios. No se contentó con esta expresión, y en la primavera de 1581 sustrajo al cardenal de Montalto la pensión anual que le había señalado San Pío V (1). El cardenal hubo de hallarse en la posición de uno que ha caído en desgracia: retiróse lo más posible (2). Así era sólo conocido de pocos, y el público se formó muchas veces sobre él juicios enteramente falsos. Con todo eso a los de más honda penetración no se les había escapado la importancia de su personalidad. Ya en el año 1575 es mencionado entre los cardenales que tenían probabilidades de alcanzar la tiara (3). Ciertamente sólo en segundo término se tuvo cuenta con él, pues redundó en disfavor suyo el que desde el tiempo de Paulo IV no se quisiese a ningún religioso y los franceses fuesen sus adversarios (4). Montalto, notificaba en 1579 el embajador veneciano Antonio Tiépolo, es de vivo ingenio y podría darse a conocer; que él nos fuese favorable, no podría yo afirmarlo (5). En julio de 1581 Francisco de Vera, encargado de los negocios de

*teca Corsini*. Que también era tenido por malévolo, como dice Ranke, I<sup>8</sup>, 289, ni está aquí, ni en el «Discorso sopra i soggetti papabili, citado por Ranke, *ibid.*, sin indicar el lugar donde se halla; en éste sólo se advierte: La natura sua tenuta terribile, imperiosa et arrogante non li può conciliare punto gratia ne di Medici ne d'Altemps. Este \*Discorso se halla en los *Inform. polit.*, VII de la *Biblioteca de Berlín*. Otra copia hay también en la *Biblioteca nacional de París* (v. Marsand, I, 325), y una tercera en el Cod. 6333, p. 302 s. de la *Biblioteca pública de Viena*. Según Lelio Maretti, el enemigo capital de Montalto era nada menos que el cardenal Galli: «Da Como si tenne offeso Sisto più volte nel pontificato di Gregorio XIII attribuendo a lui la provisione levatagli da Gregorio come a cardinale povero et le persecutioni che hebbe all'ora nella religione sua di S. Francesco. Conclave di Gregorio XIV, Cod. I<sup>b</sup>, 55, p. 27, *Biblioteca de los servitas de Innsbruck*.

(1) V. en el núm. 41 del apéndice \*Sixtus V P. M., *Archivo secreto pontificio*, y los \*Avvisi de 22 de febrero y 18 de marzo de 1581, Urb., 1049, p. 82 y 129, *Biblioteca Vatic.*

(2) V. el \*Avviso de 18 de marzo de 1581, loco cit., 128. *Ibid.*, 137 hay un \*Avviso de 22 de marzo, según el cual el cardenal Montalto intentaba hacer poner «sopra la porta della sua fabrica» en vez del escudo de Gregorio XIII las armas de San Pío V. El embajador veneciano refiere varias expresiones de Peretti que censuraban el gobierno de Gregorio XIII en los Estados pontificios; v. *Muntinelli*, I, 165.

(3) V. la carta de Gabriel Salvago de 1575 en los *Atti Ligure*, XIII, 890 (cf. 893) y la Relación de Pablo Tiépolo, de 1576, en *Albèri*, II, 4, 225.

(4) V. la relación de Horacio Scozia, de 17 de enero de 1579, en el núm. 18 del apéndice del volumen XIX. Montalto es mencionado también en 1584 por Mateo Zane como «papabile»; v. *Albèri*, I, 5, 369.

(5) A. Tiépolo, 252 s.

la embajada española, llamaba la atención de Felipe II sobre el cardenal que tenía grandes probabilidades de alcanzar la tiara. Notificaba de Vera, que en favor de Montalto estaban todos los cardenales de Pío V, que Borromeo le era muy afecto a causa de su piedad y virtud, y que se mostraba sumamente adicto al rey católico (1).

El cardenal de Montalto supo aprovecharse bien del ocio involuntario que le cupo en suerte. Más y más se engolfaba en sus libros, que siempre habían sido sus mejores amigos. Seguía ante todo trabajando en su nueva edición de las obras de San Ambrosio, y a este fin mantenía una activa correspondencia epistolar con San Carlos Borromeo, de Milán, que le apoyaba según sus fuerzas (2). Siendo parco para sí, era liberal para con los demás. A su patria Montalto había dado en 1578 para la fundación de una escuela de gramática mil trescientos setenta escudos y un año más tarde dos mil escudos para la plaza de un médico (3).

Como se deja entender, también fué generoso el cardenal con su familia. A su hermana Camila, mujer muy piadosa, que estaba casada con Juan Bautista Mignucci, sencillo labriego de Montalto, después de la muerte de su esposo la había hecho venir a Roma con sus dos hijos Francisco y María Félix (4). Al principio como pobre franciscano sólo pudo socorrerlos con lo que se quitaba a sí mismo; más tarde, siendo cardenal, ya fué otra cosa. María Félix Mignucci casó en 1572 con un tendero de Roma llamado Fabio Damasceni (5), a quien dió a luz dos hijos, Alejandro y Miguel, y dos

(1) V. Documentos del archivo de Alba, 281. Cf. Herre, 306. Según esto hay que corregir el juicio del \*Discorso citado en la página 56, nota 6. Cf. también contra él Maffei, Hist., 2.

(2) V. las cartas en el Arch. d. Soc. Rom., V, 551 s.

(3) V. Gnoli, V. Accoramboni, 30. El cálido sentimiento patriótico de Montalto se muestra en las cartas publicadas por Fr. Pistolesi (I Peretti ai Montalesi, Montalto, 1907) y también en su cuidado de la ciudad de Tolentino, que le había elegido por su protector; v. Benaducci, Dodici lettere inedite di Sisto V, Tolentino, 1888 (publicación de bodas). Las cartas del cardenal que tomadas del Archivo Municipal de Tolentino aquí están impresas, comprenden el tiempo transcurrido desde 1574 hasta 1584. Sobre los esfuerzos fructuosos de Montalto por librar a Tolentino de la plaga de los bandidos v. Marangoni, Storia di Civitanova, Roma, 1743, 365.

(4) V. Pistolesi, Sisto V, 36 ss., 63 ss., 75 s.; Sparacio, 43.

(5) «Mercadantello» le llama el \*Avviso de 24 de abril de 1585, Urb., 1053, p. 179, Biblioteca Vatic. Rumoreábase que estaba mal con el Papa, lo cual también lo dice la relación de los embajadores de Luca, publicada en los Studi e docum., XXII, 194, la cual añade que primitivamente se había llamado Tomasini.

hijas, Flavia y Orsina. Después de la muerte de María Félix Mignucci el cardenal de Montalto adoptó a sus hijos, que con esto recibieron también el nombre de Peretti (1) y fueron educados en casa de Lucrecia Salviati, esposa de Latino Orsini (2). El 21 de junio de 1573 casóse también Francisco Peretti, a quien el cardenal asignó una dote de cinco mil escudos. Francisco contrajo matrimonio con la hermosa, ingeniosa y de muchos pretendida Victoria Accoramboni, hija de un noble oriundo de Gubbio y de Tarquinia Albertoni. Con todo, este casamiento fué muy desgraciado, pues la joven esposa era tan codiciosa de placeres como derrochadora. Victoria se rodeó de adoradores e indujo a su esposo falto de voluntad a hacer tan exagerados gastos, que éste no salía de deudas. El tío eclesiástico había siempre de prestar ayuda. Por espacio de dos años dejó éste a los jóvenes esposos hasta su querida viña de junto a Santa María la Mayor (3). Como otras casas, que el cardenal adquirió con sus ahorros, así también a nombre de su hermana Camila había comprado esta propiedad en junio de 1576, probablemente para sustraerse a las miradas envidiosas de los curiales (4).

La viña de Montalto (5) se extendía sobre suelo clásico en una hondonada del monte Esquilino. Estaba situada en un terreno casi enteramente sin edificar, sumida en profundo silencio, que era sólo interrumpido a mediodía y al anochecer por el sonido de la campana que tocaba el ángelus en las iglesias vecinas de Santa María de los Ángeles y Santa María la Mayor. Semejante soledad, que predicaba de una manera conmovedora lo transitorio de las cosas terrenas y la divina Providencia en la historia, era preferentemente apropiada para un varón, a quien después de una vida rica en trabajo y fatigas se le ofrecía ocasión para recogerse interiormente y para reflexionar sobre lo pasado y lo por venir. Aunque el sitio en que estaba la viña era considerado como insalubre, pronto el cardenal vivió de mejor gana allí que en su morada ordinaria, situada en el distrito de Parione, en la calle dei Leutari (6) junto al Pasquino. Por un joven arquitecto

(1) V. la \*Vita Sixti V ips. manu emend., Archivo secreto pontificio.

(2) V. el \*Avviso de 27 de abril de 1572, Urb., 1043, Biblioteca Vatic.

(3) V. Gnoli, V. Accoramboni, 9 s., 24 ss., 34 s.

(4) V. Ibid., 27.

(5) Cf. la hermosa obra del príncipe Víctor Camilo Massimo: Notizie stor. della villa Massima alle Terme Diocleziane, Roma, 1836. V. también el volumen XX, cap. 8.

(6) Cugnoli en el Arch. d. Soc. Rom., V, 7 s. 546 s. y la revista Roma,

de Mili cerca del lago de Como, Domingo Fontana, que había edificado esta casa, hizo el cardenal en su nueva propiedad una elegante casa de campo, que fué adornada con pinturas y estatuas antiguas según el gusto de aquel tiempo. Como la sustracción de la pensión anual puso un momento en contingencia su terminación, dícese que Fontana se declaró dispuesto a continuar a propia costa la construcción con la ayuda de sus ahorros. En la viña había hecho el cardenal que en todas partes se plantasen vides y se pusiesen olivos y otros escogidos árboles frutales.

Cuando Montalto se alegraba del crecimiento de las plantaciones de su villa, debía de acordarse del tiempo en que había ayudado a su padre en Grottammare en los trabajos campestres. Aunque la profecía que sus buenos padres hacía tiempo fallecidos habían sacado de un sueño, de ningún modo se había cumplido aún enteramente, sin embargo parecía no estar excluída la posibilidad de ello, desde que fray Félix pertenecía al supremo senado de la Iglesia. Como quiera que sea, tenía todas las razones para dar gracias a la divina Providencia, que a él, hijo de un pobre labriego, lo había regido hasta entonces con tanta largueza de gracias. Aun la crisis económica, que a consecuencia de la supresión de la pensión anual le amenazaba, pasó felizmente, pues el gran duque de Toscana cubrió el déficit (1). Como el cardenal necesitaba poco para sí personalmente, y sabía ahorrar, aunque sus rentas anuales no subían más que a ocho mil ducados (2), pudo embellecer su querida viña, aumentar su biblioteca, erigir un hermoso sepulcro en Santa María la Mayor al Papa Nicolás IV, que había pertenecido asimismo a la Orden franciscana y descendía de una familia enteramente pobre, y dar comienzo a la construcción de una capilla, escogida para su sepultura, a la que debía ser trasladado el santuario del pesebre del Salvador (3).

En los últimos años de Gregorio XIII muy poco ya se hablaba en la curia del cardenal Montalto, que vivía enteramente retirado. Sólo con ocasión del asesinato de su querido sobrino Francisco, en

I (1923), 387. El dato de Belli (Delle case abitate in Roma da parechi uomini illustri 81), de que el cardenal había vivido en la conocida casa de Crivelli (v. Pastor, Roma a fines del tiempo del Renacimiento 4<sup>o</sup>, 38 s.), es falso. Cf. Moroni, LXVII, 88.

(1) Hübner, I, 234, nota 1, II, 453 s.

(2) V. L. Priuli, 306.

(3) V. más pormenores en el volumen XXII, cap. VIII.

la noche del 16 al 17 de abril de 1581 (1), había vuelto a mencionarse su nombre en toda la ciudad. La fortaleza de alma con que soportó la gran debilidad del anciano Gregorio XIII respecto del poderoso autor del homicidio, el duque de Bracciano, llenó a todos de asombro. Con dignidad y cristiana resignación, pero no sin alguna esperanza de un porvenir mejor, sobrellevó el nuevo grave golpe (2).

El dominio que Montalto tuvo de sí mismo, ha de apreciarse tanto más, cuanto el cardenal poseía un temperamento muy violento y fogoso. Con el ímpetu de un torrente largo tiempo reprimido volvió a estallar éste, después de la forzada inacción, durante el pontificado de Gregorio, cuando la elección para Papa otorgó al varón enérgico el más ancho campo para manifestar las relevantes fuerzas que en él dormitaban. Aquellos cardenales que como Bonelli creían haber elegido a un pobre anciano, y ahora esperaban ser ellos mismos los señores (3), debían experimentar un completo desengaño. Más tarde exornó esto la leyenda con la conocida narración de que el cardenal Montalto, luego que estuvo decidida su elección, arrojó el bastón en que se había apoyado durante el conclave, y se irguió majestuosamente. Nada puede ser más contrario a la historia que esta relación. El cardenal Montalto no fué ningún hipócrita o comediante que engañó a sus electores con un ardid disparatado. Semejóse más bien, como hace notar acertadamente su último biógrafo, al águila, que libertada súbitamente de su prisión, despliega sus alas y se remonta por los aires en dirección al sol (4).

El hijo de los pobres campesinos de Grottammare tenía sesenta y cinco años de edad cuando obtuvo la más alta dignidad que puede caber en suerte a un mortal (5). Su presencia exterior anunciaba al hombre de la voluntad y de la acción, pero delataba al mismo tiempo su origen aldeano. Era de mediana estatura, de constitución robusta y no tenía nada de hermoso. La gran cabeza, ligeramente inclinada hacia adelante, estaba rodeada de una barba espesa y pardoscura algo encanecida. Los juanetes eran muy salientes, la nariz grande y basta. Numerosas arrugas surcaban la alta frente, y arqueadas y sumamente espesas cejas sombreaban los pequeños y encendidos

(1) Cf. nuestros datos del volumen XX.

(2) V. Hübner, I, 243.

(3) V. Santori, Autobiografía, XIII, 164.

(4) Hübner, I, 250.

(5) Sobre la coronación (1.º de mayo de 1585) v. P. Alaleone en Gatticus, 394 s.; *ibid.*, 395 s. sobre la toma de posesión (5 de mayo). Cf. Cancellieri, 121 ss.